

La primavera no es una buena estación para la semiótica. Primero se llevó a Omar Calabrese a finales de marzo. Ocho años después hizo lo mismo con Paolo Fabbri a principios de junio. Aunque el peor mes de todas las primaveras es el mes de abril, el que se llevó a María Albergamo, un día 25 y, cuatro años después a Jorge.

Ella le llamaba Orgue y consiguió convertir al profesor Lozano, una cara amigable y frecuente de cursos y congresos en un amigo. Juntos en largas conversaciones telefónicas lloramos a la siciliana. Con el tiempo, las lágrimas dejaron paso a las anécdotas. Convertimos a María en un signo, centro de nuestras conversaciones telefónicas para tener la sensación de que continuaba con vida, en algún lugar lejano. Y también analizábamos los detalles jocosos de la vida cotidiana. Ahora, en esta infausta primavera sólo puedo escuchar a Prince cantar que *a veces nieva en abril, a veces me siento tan mal, a veces me gustaría que la vida nunca se terminara...*

Carmen Arocena